

píritu maligno se complace en atormentar á los hombres. No es esta ocasion de decirte por qué razon Satanas y su hueste infernal han escogido para su mansion estos peñascos, estas cavernas, cuyas bocas profundas parecen la entrada que lleva al centro del abismo. Baste decirte, que segun lo que me han dicho algunos sabios y piadosos varones bien enterados de las particularidades de estos lugares impíos, no conviene andarse en juegos con sus maléficos y condenados huéspedes. Por tanto, deja por ahora tus locuras é importunas ligerezas, nada convenientes al sitio en que nos hallamos, y endereza tus pensamientos á cosas mas altas, aunque por desgracia tuya, solo puede haber blasfemia y pecado en tus oraciones.

El Sarraceno oyó con sorpresa esta reconvençion; y respondió con alegría y buen humor, en quanto se lo permitia la urbanidad: — Paréceme, buen sir Kenneth, que los caballeros de Occidente no gustan mucho de ceremonias, ó si las observan, que tú no me tratas con la igualdad que hasta ahora entre

los dos ha reinado. ¿Ofendíme yo acaso de verte beber vino y comer cabeza de javalí, gozando á tus anchas de eso que llamas cristiana libertad? No por cierto, aunque puedo asegurarte que me compadezco en el alma de quien á tan culpables prácticas se entrega. ¿Y por qué razon te has de escandalizar de que yo procure recrearme en estas fragosas gargantas y aligerar el peso de la fatiga con alegres trobas? El poeta ha dicho: « El canto es como el rocío del cielo en el seno del desierto arenoso, el cual refresca los pasos del viandante.»

— Amigo Sarraceno, dijo sir Kenneth, yo no condeno la aficion á la gaya ciencia y á los romances de los trovadores; mas digo y sostengo que semejantes pasatiempos no deben distraer nuestros ánimos cuando la ocasion requiere que los enderecemos á cosas mas graves y encumbradas. Oraciones, plegarias y salmos son mas del caso que estrivillos de amor y loores del vino, en medio de este valle de la sombra de la muerte, lleno de enemigos y demonios, arrojados por las

oraciones de los justos, de los cuerpos de los hombres, y condenados á vagar en estas enmarañadas espesuras, tan malditas de Dios como lo son ellos.

— No hables tan descomedidamente de los Genios, amigo cristiano, repuso el musulman, porque sábete que hablas con uno que descende de esa raza inmortal, de quien blasfeman los que profesan tu religion.

— Bien pensaba yo, dijo sir Kenneth, que tu obcecada nacion descendia de aquel enemigo de Dios, sin cuyo auxilio no os fuera dado manteneros en la bendita tierra de Palestina, en despecho de tantos intrépidos cristianos. No hablo de tí en particular, Sarraceno; hablo generalmente de todos los de tu secta y nacion. Asi que, no me causa extrañeza saber que es vuestro padre quien es enemigo de las almas; lo que si me espanta en verdad es que te jactes y vanoglories de tal alcurnia.

— Jáctome en efecto, dijo el Sarraceno, como valiente que soy, de traer mi origen del mas valiente; de aquel negro espíritu que

antes inclinará la cabeza por fuerza, que doblar de grado la rodilla. Eblis puede ser odiado; mas siempre y donde quiera será temido, y asi como Eblis son sus descendientes los bravos del Kurdistan.

— Sir Kenneth dió crédito y supo sin mucha sorpresa cuanto el Sarraceno le dijera acerca de su infernal genealogía, porque eran comunes en aquellas épocas los cuentos de magia y nigromancia, y eran tenidos por sabios y letrados los que estaban versados en estos prodigios; mas sintió con todo un secreto horror, al verse solo en aquella soledad, con quien confesaba provenir de tan execrable progenitor. El miedo, sin embargo, no podia tener lugar en su alentado corazon: asi que, deseoso de satisfacer la curiosidad que su compañero le habia inspirado, le rogó le comunicase algunos pormenores acerca del linage del padre de la mentira.

— Sabe, valiente extranjero, dijo el musulman, condescendiendo con los deseos del caballero del Leopardo, que cuando el cruel Zohauk, descendiente de Gramshid, ocupaba

el trono de Persia, formó pacto con el padre de las tinieblas en las secretas bóvedas de Istakar, que habian sido abiertas y excavadas en la roca viva por los espíritus elementales, largo tiempo antes que Adan fuese formado de la tierra. Allí mantenía con oblacones de sangre humana dos espantosas é inaplacables serpientes, que segun el dicho del poeta, habian llegado á ser parte de su propia sustancia; para cuyo fin habia impuesto un tributo de sacrificios humanos á los pueblos que vivian en sus dominios, hasta que cansada la paciencia de estos, alzóse la cimitarra de los valientes, y el victorioso Feridan logró á la postre destronar al tirano y aprisionarle para siempre en la lóbrega caverna del monte de Damavend. Mas antes que acaeciera este feliz suceso, y cuando el tirano sediento de sangre humana, se hallaba en la cúspide de su poder, la caterva de esclavos que iban por los pueblos buscando víctimas para sus sacrificios diarios, llevaron á las bóvedas del palacio de Istakhar siete hermanas, tan hermosas, que parecian otras tantas

houris del paraiso. Estas siete doncellas eran hijas de un sabio, que no tenia mas tesoro que su sabiduría: mas esta no fué parte á prever ni á estorvar tamaña desventura. La mayor de estas hermanas apenas tenia veinte primaveras, y la menor no contaba todavía trece, y tan semejantes eran en color, porte y facciones, que solo podian distinguirse por sus diferentes estaturas, que gradualmente se alzaban desde la mas jóven hasta la mayor, como la subida que conduce á la residencia de los justos. Incomparable era la belleza de estas siete criaturas, cuando se presentaron en las bóvedas oscuras del palacio sin ropage alguno que cubriera sus blancas carnes, salvo una ligera túnica de seda; y tal era el hechizo que su vista producía, que movió los corazones de todos los que no eran mortales. Hallábanse en aquella dura esclavitud, cuando sonó el trueno, y retembló la tierra, y se estremecieron con fragor las rocas de la caverna, al ver entrar por su boca á uno vestido de cazador, con arco al hombro y flechas en las manos, seguido de

otros seis, hijos del mismo padre. Eran los siete de elevada estatura y aunque negros, bien parecidos y de gallarda presencia : solo se notaba que sus ojos parecian mas bien empañados por el frio de la muerte, que animados con la centella de la vida. « Zeineb, » dijo el mayor de ellos á la mayor de las hermanas, tomándola por la mano, y hablando en voz baja pero suave y melancólica; « yo soy Cothroob, señor y monarca del imperio subterráneo y supremo gefe de Gimnistan. Yo y mis hermanos hemos sido criados de fuego etéreo y puro, y desobedeciendo el mandato del Omnipotente, rehusamos acatar á ese monton de tierra que se llama hombre. Habrás oido decir que somos cruelés, maléficós é implacables : es falso : somos naturalmente suaves y generosos, pero vengativos para quien nos insulta, y sanguinarios con quien nos ofende. Jamas desoimos las voces de quien nos implora, y nos ha movido á compasion la de tu padre Mithrasp, que adora no solo al origen del bien sino á la fuente del mal. Tú y tus hermanas estais

en la orilla del sepulcro ; mas dadnos cada una un cabello de vuestras hermosas trenzas, en prenda de lealtad , y os llevaremos á sitio seguro, distante muchas leguas de aquí ; donde podreis arrostrar impunes la rabia de vuestro tirano y de sus ministros. » El miedo de la muerte, dice el poeta, es como la vara del profeta Haroun, que devoró las otras varas cuando se trasformaron en serpientes á vista del rey Faraon : ademas que las hijas del sabio Persa, instruidas en las doctrinas de su padre, no debian espantarse viendo aquellos sobrenaturales libertadores. Dieron, en efecto, el tributo que se les pedia, y en un instante las siete hermosas doncellas se hallaron en un castillo encantado, colocado en las montañas de Tugrut, en el Kurdistan, y no las volvieron á ver los ojos de los hombres. Pero con el discurso de los tiempos, aparecieron en los alrededores del castillo de los demonios, siete animosos jóvenes, que adquirieron gran nombradía en la guerra y en la caza. Eran mas negros, mas altos y mas esforzados que los que habitaban losvalles del

Kurdistan: tomaron mugeres, y fundaron las siete tribus de Kurdmanes, cuyo valor es conocido en todo el universo.

El caballero cristiano oyó con espanto la maravillosa historia, cuya tradicion se conserva todavía en el Kurdistan, y despues de haberse parado á pensar algunos momentos: — Cierito es, dijo, valiente Sarraceno, que no merece desprecio, sino odio y temor, esa genealogía de que provienes. Ni ya extrañaré de hoy mas tu obstinacion y pertinacia en la falsa fe que profesas, pues es parte sin duda, de la maligna y perversa índole que has heredado de tus abuelos, esos cazadores infernales de que hablas. Es natural que prefieras á la verdad la mentira, y que tu espíritu se exalte y prorumpas en alegres cantos al aproximarte á la residencia de los ángeles malos, como nos sucede á nosotros cuando nos acercamos á la tierra en que nuestros antepasados vivieron.

— Por la barba de mi padre, has dicho la verdad, exclamó el musulman, á quien divertia mas que injuriaba la franqueza cou

que expresaba sus sentimientos el cruzado: porque aunque el profeta (bendito sea su nombre) plantó entre nosotros la raiz de su fe, harto mas verdadera y segura que la que nuestros abuelos aprendieron en las misteriosas cavernas del Tugrut, no por eso hemos abjurado, como los otros musulmanes, la reverencia y acatamiento debidos á los altos y poderosos espíritus que fundaron las tribus del Kurdistan; los cuales, segun lo creemos y esperamos, no han sido reprobados con la maldicion eterna, sino que serán premiados ó precitos, segun sus obras y merecimientos: mas dejemos esto á los molas y á los imanes: basta que este respeto con que miramos á los Genios, no ha sido borrado por las doctrinas del Koran, como lo prueba la cancion que vas á oír y es una de las muchas que corren entre mis hermanos, en memoria y celebridad de su encumbrado origen.

Dicho esto cantó unos versos antiguos en su ritmo y lenguaje, atribuidos por algunos á los sectarios del mal principio, Arimanes:

los cuales, traducidos al castellano, dicen así:

« Alto númen, de quien nace
 Todo mal y desventura
 ¿Cuál fuerza en el universo
 Puede igualarse á la tuya? »

Si una mano bienhechora
 Vierte en la seca llanura
 Raudal de cristal sonora,
 Que tantos males endulza,

Tuyas son y á tu voz braman
 Esas olas furibundas,
 Que fuertes rocas conmueven,
 Y ricas naves sepultan.

Si saludables aromas
 Los hondos valles perfuman,
 Que los sentidos halagan,
 Y humanas dolencias curan;

A tu mandato se esparce
 Por las afligidas turbas,
 Mortífera pestilencia,
 Que aniquilacion anuncia.

Tú en el seno del humano
 Dominas, y en su amargura,

Si á otro númen se prosterna,
 La fe que adora es la tuya.

¿ Mas quién eres? ¿ Dónde moras?
 ¿ Es tu voz la que retumba
 Con el huracan? La noche
 Lóbrega ¿ es tu vestidura?

¿ Tienes alma que en los odios
 Se goza, cual fiera en Nubia,
 O como el águila, garras
 Con que la presa asegura?

¿ O eres incógnita causa,
 Que con otra causa lucha,
 Tornando en males los bienes,
 Y en sollozos la ventura?

Mas no, que á tu imperio cede
 Cuanto respira, y la culpa,
 Cetro de tu altiva mano,
 Es de la tierra coyunda.

Tú los pasos de la Aurora
 Sigues veloz, y en angustia,
 Los consuelos que desaparece
 Con un leve soplo mudas.

Nace el mortal, y tus dones
Le prodigas en la cuna;
Crece y sus trémulos pasos,
Con mentida antorcha alumbras.

En el lecho de la muerte
Tu imperio al fin le subyuga,
Y ¿quién sabe si no alcanza
Muy mas allá de la tumba? * »

Estos versos fueron sin duda efusion natural de algun desalumbrado filósofo, que

* El sabio y piadoso eclesiástico á quien somos deudores de la version de esta especie de himno, nos encarga recordar á nuestros lectores, á fin de evitar toda interpretacion siniestra, que el autor de la tal composicion era un pagano poco instruido en la causa del mal físico y moral, por cuya razon reconoció su predominio en el sistema del universo, como hacen todos los que consideran este misterioso asunto, sin el socorro de las luces de la fe. A lo que añadiremos, que el estilo del traductor es sobrado parafrástico, como lo han reconocido todos cuantos han examinado el curioso documento original. Lo cierto es que le pareció harto difícil trasladar á un idioma moderno las extrañezas de la poesia oriental, y quizas sustituyó sus propias ideas á las del autor, como hacen continuamente otros ingeniosos y sabios traductores.

en la mentida deidad, Arimanes, creyó reconocer la causa del dominio del mal en la tierra; mas produjeron muy diferente efecto en los oidos del caballero del Leopardo, el cual oyéndolos en boca de un infiel, que poco antes se habia jactado de traer su origen del padre de las tinieblas, creyó que su cántiga no era otra cosa que una invocacion al mismo Satanás. Con lo que subiendo de punto su irritacion, se puso á meditar sobre el partido que podia tomar en aquella apretura, pues no le parecia menos que blasfemia, semejante himno al demonio, y mucho mas, entonado en el desierto en que exigió adoracion del hijo del hombre; y no sabia si seria mejor separarse de pronto del Sarraceno, en testimonio de su abominacion, ó si su obligacion como soldado de la cruz le forzaba á desafiarle en aquel mismo sitio, darle muerte, y dejarle para que sirviese de pasto á las fieras de los montes; y en esta irresolucion estaba luchando, cuando una aparicion inesperada suspendió el curso de sus dudas.

A la parda luz del crepúsculo, que ya iba desapareciendo en los últimos confines de horizonte, el cruzado pudo distinguir que él y su compañero no eran los solos huéspedes de aquella soledad, pues claramente percibía un objeto de elevada estatura, que saltaba con extraña ligereza por las rocas y las malezas, cuya circunstancia unida á su rústica y selvática apariencia, le trajo á las mientes los Faunos y Silvanos, cuyas imágenes había visto muchas veces en los templos de Roma: y como el sencillo Escoces creía de buena fe que aquellas divinidades paganas eran en efecto demonios, no dudó que la figura desconocida era uno de estos ángeles precitos, que acudía al llamamiento que le había hecho el Moro en el himno blasfemo.

—Aparta, criatura maldita, dijo en voz baja, no atreviéndose á insultar á dos enemigos, juntos, como hubiera hecho si hubiese sido uno solo. Dios confunda á Satanas y á todos los que le adoran.

Ya su mano empuñaba la maza formidable, y el descuidado Sarraceno hubiera pagado

caro la diabólica plegaria, pues nada menos pensaba el del Leopardo que aplastarle allí mismo la cerviz, sin darle razon alguna de su ataque; mas estaba dispuesto que el caballero escoces no echaria tan injuriosa mancha en el escudo de sus armas. El desconocido, de quien él no había apartado los ojos desde el punto y hora en que acertó á columbrarle, parecia seguir cautelosamente los pasos de los dos caminantes, ocultándose á trechos entre la maleza y los peñascos, aprovechándose con increíble destreza de estas ventajas del terreno, y sobrepujando las dificultades que le ofrecia, con extraña agilidad. Al cabo, cuando el Sarraceno hubo dado fin á su canto, el desconocido, cuyo ropage se componia de pieles de cabra, salió de pronto al medio del camino, y agarró violentamente la brida del generoso trotero árabe, el cual no pudiendo resistir el imprevisto golpe, ni el sacudimiento de las placas de hierro, que segun el uso de Oriente, adornaban su cabezada, se empinó agitadamente, y al fin cayó de espaldas, y hubiera cogido

debajo al ginete, si este no se hubiese arrojado con prontitud de la silla al suelo.

Viendo esto el de las pieles de cabra, soltó su presa, se abalanzó á la garganta del Sarraceno, luchó con él algun rato á brazo partido, y á pesar de su juventud y vigor, logró sujetarle y privarle de movimiento, en tanto que el Moro gritaba medio enojado, medio risueño: — «Suéltame, Hamako *; suéltame, loco..... esto es traspasar la línea de tus privilegios; suéltame ó me obligarás á echar mano de la daga.»

— ¡Tu daga, perro infiel! dijo el de las pieles, empúnala si puedes, y al mismo tiempo arrancó el arma de manos del emir y la alzó en señal de triunfo.

— Socorro, Nazareno, gritó Shirkohf, seriamente asustado del aprieto en que se hallaba; socórreme contra este Hamako, que va á dar fin de mi vida.

— ¡Dar fin de tu vida! dijo el descono-

* *Hamako* es el nombre que dan los Arabes á los locos lunáticos, que miran y respetan como especialmente favorecidos por Dios.

cido. Merecido lo tienes; infiel, por esos himnos blasfemos que cantas, no solo en preza de tu profeta, que es hechura del demonio, sino del demonio mismo; padre del mal y enemigo de Dios.

El caballero cristiano que hasta entonces habia presenciado inmóvil aquella extraordinaria escena, tan opuesta á las ideas que del Moro habia formado, creyó que era deuda de su honor sacar la cara por su vencido y postrado compañero, y dirigiéndose al de las pieles de cabra: — Quien quiera que tú seas, le dijo, ora vengas de paz, ora de guerra, sabe que he jurado paz y alianza con ese Sarraceno á quien tienes oprimido en tus brazos. Ruégote, por tanto, que le dejes en libertad, á menos que quieras haberlas conmigo.

— Digna empresa de un caballero cruzado, dijo el de las pieles, seria pelear contra uno de su misma religion, en defensa de un perro circunciso. ¿Has venido acaso al desierto á pelear en favor de la media luna contra la cruz de Cristo? Buen soldado de Dios

eres, puesto que con tanta atencion escuchas los cantos de Satanas.

Cuando hubo dicho estas palabras se levantó, dejó levantarse al Sarraceno y le entregó el puñal que le habia arrebatado.

— Ya ves á qué peligro te ha expuesto tu presuncion, dijo el de las pieles dirigiéndose al musulman, y cuán débiles medios son los que emplea la voluntad del cielo para humillar tu decantada destreza y valentía. Por tanto, o Ilderim, vive apercebido y cauteloso, pues á no haber en el astro de tu nacimiento un rayo que anuncia designios incomprensibles del Altísimo, no hubiera dejado irte de mis brazos sin destrozar esa garganta, que fué parte á exhalar tamañas blasfemias.

— Hamako, dijo el Sarraceno, sin dar muestras de enojo por tan violento lenguaje, ni por el muy mas violento choque que del cristiano habia recibido, ruégote, buen hombre, que no abuses de ahora en adelante de ese privilegio y salvoconducto de que gozas, porque, aunque como buen musulman reve-

rencio á los que el cielo ha privado de la luz de la razon, dándoles en cambio la antorcha del espíritu profético, no gusto ni sabré consentir que otro hombre ponga la mano en mi persona ni en la brida de mi caballo. Habla cuanto quieras y nada temas de mi resentimiento; mas ten entendido, si la incapacidad de la mente te lo permite, que si otra vez usas de alguna violencia conmigo, tu cabeza será dividida de los débiles hombros que la sostienen, y á tí, amigo Kenneth, añadió poniendo el pie en el estribo, debo decirte que los buenos compañeros en el desierto, se conocen mas bien por las obras que por las palabras. De estas no has sido ciertamente escaso; pero mas hubiera convenido asistirme y darme ayuda contra ese desacordado, el cual, en el arrebato de su frenesí hubiera podido privarme de la vida.

— Confiésote, hermano Sarraceno, dijo el del Leopardo, que he sido tardo en darte la ayuda de que necesitabas, pero la extrañesa de tan inesperado lance y encuentro, me trajo á la memoria al enemigo de Dios,